



José Steimberg: El delito de ser Médico General de Zona

Editores Cuadernos Médico Sociales¹

Caminamos por la Universidad de Concepción en la mañana otoñal del sábado 27 de mayo del 2023. Mientras Carlos me cuenta de la reconstitución de escena del asesinato de Caupolicán Inostroza (27 de abril de 1984), nos detenemos en la pequeña placa de mármol que recuerda su memoria. Recorremos el foro, el campanil, la sede que ocuparon para la FEC en 1984 y nos detenemos en el memorial de los estudiantes desaparecidos. La lista de médicos tiene cuatro nombres: Luis Barra García, Miguel Enríquez Espinoza, Arturo Hillerns Larrañaga y Bautista van Schouwen Vasey. En sociología los nombres se multiplican 4 veces respecto de nuestros colegas.

Es el día del patrimonio y dos decenas de jóvenes se acercan para escuchar a un par de egresados ya gerontes. Construyeron este memorial bajo la dirección de Lautaro Labbé a principios de los años 2000, cuando fueron reintegrados y recién pudieron titularse.

La caminata ha sido un prólogo de vaporoso aliento entrecortado, antes del registro de tres conversaciones con los Doctores José Steimberg, Edgardo Condesa y Carlos Hinrichs. Hablamos de prisión, de exoneraciones, condenas a muerte, exilios, ingresos clandestinos a Chile. Agradezco a Carlos y Verónica cuya hospitalidad y amistad han hecho posible que estas voces puedan estar aquí.

Entrevistamos al Dr. José Steimberg en un departamento céntrico de Concepción. En la entrevista nos leyó pedazos de su libro que ya está casi terminado, y la transcribimos tal como él nos fue leyendo.

Tras el registro, nos mostró una carta de la mesa directiva nacional del Colegio en que lo declaraban moroso, por las cuotas no pagadas durante su prisión. Al argumentar que en esa época él no percibió sueldos, la respuesta oficial señaló que no era un caso fortuito o de fuerza mayor, pues esa era la consecuencia de actos que él había hecho considerando sus implicancias.

Sólo puedo agregar que me dolió ver que la autoridad máxima del Colegio era él, en ese momento, Director de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile.

Decidí empezar a escribir este libro el año 2009 y lo he ido escribiendo de a poco. Ya lo tengo bastante definido. Me he demorado bastante porque para instalarse a escribir primero hay que estar con el ánimo preparado. No es fácil ponerse a escribir y a recordar hechos de aquel periodo. Tuve la

¹ Colegio Médico de Chile A.G. Correspondencia a: cms@colegiomedico.cl
Palabras clave: Entrevistas

la suerte o la gracia de haber salido de Pisagua con un diario escrito en unos papeles que pesqué por ahí y en que cada día escribía en miniatura cosas que pasaban en el día y así sucesivamente. Permitted recordar en la memoria una serie de cosas. Y de hecho, cuando se abrieron los procesos de Pisagua, me citaron, me convocaron los ministros en visita y los jueces para que les ayudara en la confección de todo el proceso de Pisagua. Entonces, rescate mis apuntes de gran colaboración. Han sido los apuntes diarios ingresados a un papel que tuve la oportunidad de conservar y sacar, al salir de Pisagua, entre la suela de mis zapatos. Mis zapatos rotos y que a modo de los torpedos de estudiantes en Microescritura relatan la vida en Pisagua. Lo principal de cada día, en simples claves y que fueron muy importantes para el momento en que tuve que declarar en el proceso de Pisagua. Cuando fui convocado, ya habían declarado una montonera de compañeros que habían estado en Pisagua y en sus memorias o en su conciencia, digamos tenían recuerdos que no eran verdaderos, que habían sido trastocados por el tiempo nomás, no con mala intención, con la mejor de las intenciones. Pero estaban equivocados y de hecho allí aparecen en el diario. Estuve con el Ministro en visita de la historia de Pisagua el año 1991. Me citaron y me tuvieron desde las 07:30 hrs. encerrado ahí en el juzgado hasta las 17:00 hrs. de la tarde. 18:00 hrs. en que me hizo revisar todo el proceso, todo lo que llevaba, todas las declaraciones. Y con mi diario fuimos re confeccionando el proceso. Desgraciadamente ese proceso después fue acogido por la justicia militar y sometido a la Ley de Amnistía y se acabó.

En el Libro Negro de la Justicia Chilena de la periodista Alejandra Matus, ella tomó un trozo de la declaración mía. Que no sé cómo la consiguió. No se me ha acercado nunca, así que no tengo conciencia de cómo la obtuvo. Pero está en el libro que tengo aquí. El fragmento que tiene que ver con los ritos del poder. La increíble historia del juez Acuña. Que fue el juez que hubo allá. Un capítulo prácticamente del libro y aquí aparezco yo. El doctor Steinberg dice, ahí reveló lo siguiente. Y ahí está, la declaración que hice ante el Ministro en visita. ¿Cómo se lo consiguió? No tengo idea. Ese proceso estuvo cerrado por la justicia militar. Yo le había advertido

al ministro en visita cuando, me interrogó y le dije: este proceso no tiene ningún destino con la ley que hay. En aquel entonces estábamos en el año 1990-1991 cuando se abrió la fosa de Pisagua.

Después de eso, esto lo va a tomar la justicia militar y se lo va a quitar en dos patadas. No! -me dijo el Ministro en visita- no es así. Esto va a llegar a destino, qué sé yo esto y lo otro.

Y por supuesto que tuvo el destino que yo le había anticipado. Después, en la tarde, ese mismo día tuve que declarar ante un juez, ante el juez Mera, por la muerte de un un gendarme que falleció y también tuve que declarar con él y estuve hasta como las 21:00 de la noche con el juez Mera.

En esa tarde, desde las 7:00 hrs. a las 21:00 hrs. de la noche, la misma cosa -le dije-, este proceso no tiene ni un destino. No!! -me dijo- ando trayendo en mi maletín este proceso. Usted no ve aquí ningún actuario, no. Está guardado en mi maletín y me lo ando trayendo conmigo. Nadie me lo va a quitar.

Se lo quitaron. Por supuesto.

¿Qué pasaba conmigo el 11 de septiembre.?

Te voy a leer un poco lo que escribí en la introducción de mi libro. Dice:

“Si he tenido la prudencia de no escribir ni dar entrevistas durante tantos años, ha sido porque después de conocer de cómo fue posible que existiese tanto rencor y tanto odio en tanta gente de este país, no deseo generar más de lo que ya se ha logrado apaciguar con el correr de los años. Nunca perdí de vista la idea de algún día sentarme a escribir estas memorias que sirvieran realmente para que nunca más lleguemos a los extremos que alcanzamos en la década del 70, conformando dos bandos irreconciliables en que unos desde el gobierno intentaban imponer sus criterios y los otros, desde la oposición sin escrúpulos, recibían ayuda desde el exterior para derrocar al gobierno establecido, generando ambos una suerte de progresión bélica que concluyó cuando lograron convencer a las Fuerzas Armadas, quienes por la fuerza de las armas y convencidos que estaban en guerra, para lo cual se prepararon toda una vida, dieron rienda suelta a su forma de proceder en esas condiciones, sin ningún miramiento de humanidad y violando, como es su costumbre, todas las convenciones internacionales existentes y firmadas.

Por ello es que el sentimiento pacifista es tan fuerte, especialmente entre quienes hemos estado viviendo en carne propia este tipo de situaciones. Cuando se destapó la fosa de Pisagua en 1990, fui seguido por periodistas de diarios, radios y televisión en busca del sensacionalismo que en esos momentos se vivía. Me negué ante todos por las razones ya expuestas. Sin embargo, uno de ellos, esposo de una paciente por mí tratada de un cáncer, fue el que más me presionó y como tenía fácil acceso a mí, me rogó le diera una entrevista. Convení finalmente que se la daba bajo la condición que yo aprobara lo que se publicaría y no lo que deseara el sensacionalismo existente en esos días. Nunca regresó con el compromiso de su editor que le exigí lo que sentí. Me daba más la razón de mis pensamientos. Hoy, después de casi 50 años de ocurrido el golpe, siento que ha llegado el momento para dejar a las nuevas generaciones alguna referencia más objetiva de lo sucedido, de los extremos a que es capaz de alcanzar el ser humano.

Y finalmente, para aprender a cuidar la democracia, que con todos sus defectos siempre será lejos mucho mejor que cualquier dictadura, venga de donde venga.

Es necesario comprender muy bien lo que ocurrió, no como algo que sucede en otros lugares, sino para entender que cuando algo así ocurre en otros países del mundo, no hay que aceptar las explicaciones, sino acudir con todas sus fuerzas a terminar cuanto antes la violación a los derechos humanos, que siempre estarán presentes, aunque se decoren con infinidad de falsedades, como nos ocurrió a nosotros”.

Después de haber leído y recibido una serie de relatos de otros campos de prisioneros de guerra del tiempo del golpe militar del 73, me queda muy claro que existía una formación en todas las ramas de nuestras Fuerzas Armadas, en el sentido de cómo debían actuar con los que estaban bajo sus órdenes. De otro modo no es posible encontrar tantas coincidencias en el trato y las aberraciones ocurridas con pequeñas diferencias de uno a otro campo de concentración. Pero al final, con el mismo sentido y estilo. Bajar la moral de los detenidos hasta hacerles sentirse parias como querían y luego de sometidos, obligarlos a firmar declaraciones preconcebidas, pre confeccionadas que justificaran tanta maldad como ocurrió con el invento

generado en estas mentes desquiciadas, el Plan Z y otros como el plan 22, por ejemplo. Ninguno de ellos verdadero. Siento que el tiempo ha ido calmando las pasiones.

Sin embargo, de vez en cuando reaparecen los extremismos de ambos lados que nos hacen retornar nuestros pensamientos a los duros días vividos después del golpe en que, por supuesto, muchos creían que estábamos gozando de unas merecidas vacaciones. Estas son las principales motivaciones para decidirme a escribir estas letras, que espero sean recibidas por mentes abiertas a entender, aceptar y concluir que nunca serán muchos los esfuerzos para que esto no nos suceda nunca más. De gran colaboración me han sido los apuntes diarios ingresados a un papel que tuve la oportunidad de conservar y sacar al salir de Pisagua entre la suela de mis zapatos. Mis zapatos rotos y que a modo de los torpedos de estudiantes en Microescritura relatan la vida en Pisagua. Lo principal de cada día, en simples claves claves y que fueron muy importantes para el momento en que tuve que declarar en el proceso de Pisagua, al que se me citó en 1990 y las declaraciones ante el juez Mera por la muerte de un oficial de Gendarmería, también prestadas el mismo día de las declaraciones ante el Ministro en visita del caso de la fosa de Pisagua, ambos procesos cerrados por orden de la justicia militar, acogidos a la Ley de Amnistía y Desaparecidos. Desde entonces, salvo algunos extractos que aparecieron en de mis declaraciones en el Libro Negro de la Justicia Chilena de Alejandra Matus y que no fueron aportados por mí a la periodista que la escribió.

Otro capítulo del libro es el 31 de agosto de 1973, día viernes, después de una modesta celebración de mi cumpleaños en casa de mis padres en Iquique. Al terminar la jornada laboral partimos en nuestro autito un NSU Prinz mil junto a mi señora, que esperaba nuestro primer hijo, rumbo a Concepción de vacaciones. Llegamos el día domingo y allí alojamos en casa de mis suegros, Don Julio, un profesional administrativo del Instituto de Química de la Universidad de Concepción y la señora Regina, una profesora básica de un colegio de Concepción. Con tres cuñados, el mayor profesor de biología, la del medio, estudiante de educación parvularia y el menor estudiante de kinesiología. Todos de la Universidad de Concepción. Durante las

horas de almuerzo o comida se reunía la familia, momento en que las diversas opiniones se hacían presente mientras escuchábamos las noticias del mediodía o de la noche en la televisión. Hasta que llegó a hacerse desagradable y agresiva verbalmente, por lo que una noche les propuse no discutir más mientras comíamos y sentarnos después para cada uno expresar sus posiciones y pronósticos sobre el devenir del país tan incierto y convulsionado por esos días. Era el 9 de septiembre de 1973. Al final de esa noche, todos, sin excepción, concluimos que venía una intervención militar para normalizar el país que a esas alturas se veía fuera de control. Sin embargo, nadie visualizó que sería del modo que se realizó el 11 de septiembre del 73.

Día martes, me encontraba en Concepción de vacaciones iniciadas el día lunes tres en casa de mis suegros, cuando nos despertaron alrededor de las 09:00 para informarnos del golpe. Nos levantamos rápidamente. A buscar el auto que tenía en un taller de mantención que no pude retirar, pues estaba desarmado el sistema de frenos y después quise pasar al banco a retirar algún dinero, pero estaba todo cerrado y ya existía un griterío de militares que se movían a pie por las calles del Centro de Concepción, con trajes de camuflaje y armados hasta los dientes, informando a gritos que debían regresar a sus casas porque los militares habían reemplazado al gobierno. En vista de lo cual, retorné a la casa de mis suegros y desde allí vimos por televisión todo el desastre que ocurría en Santiago en torno a La Moneda, y escuchamos los primeros bandos de la Junta y la forma de expresión de los cuatro generales, que parecían más bien perros salvajes, hasta terminar con el bombardeo a La Moneda. Pocos días después del golpe fui informado que me habían allanado mi departamento en Iquique, creo que en cuatro ocasiones, sin encontrar las armas que buscaban y solo encontrarían un plano de las zonas limítrofes con Bolivia confeccionado a mano y diseñado para realizar mi primera ronda rural a ese sector en mi condición de Médico General de Zona. Habíamos dejado en nuestro departamento cuidándolo a una amistad que retiró todos nuestros libros que fueran motivo de alguna sospecha según su criterio, y los quemó en el patio de su casa. También se habían llevado una botella que contenía, según ellos,

un explosivo y que era una preparación a base de hierbas con una receta magistral del profesor Guillermo Grant Benavente para la caída del pelo que había preparado días previos a mi partida de vacaciones. Supongo que aún intentarán hacerla explotar sin éxito. Para entonces ya exponía una calvicie incipiente que se acentuó posteriormente.

Debíamos presentarnos a nuestros trabajos en Iquique el día 27 septiembre del 73, así que teníamos algunos días para visualizar cómo se iba dando la represión y como no viéramos nada terrible, decidimos partir de regreso tranquilos el día 24 haciendo escalas en Santiago y Chañaral para llegar a Iquique el día 26 de septiembre. En la tarde, entrando tranquilos por el control de Carabineros de Alto Hospicio existente en ese entonces para llegar a casa de mis padres. Quienes nos esperaban con ansias. Recuerdo que mi madre, quien había sido de ideas contrarias al gobierno de Allende, me acogió en sus brazos pidiéndome perdón porque jamás me habría imaginado que estos eran unos asesinos. Yo, tranquilo, le informé que lo más probable era que me detuviesen y me interrogasen para soltarme rápidamente al no tener nada de qué temer. Luego de tomar onces con ellos, nos fuimos con mi señora a nuestro departamento ubicado en las cercanías y a los cinco minutos golpearon la puerta ingresando un grupo de militares armados que realizaron un nuevo allanamiento completo, dejándonos a nosotros dos inmovilizados en un rincón con su armamento.

Luego de ello, el que dirigía -de civil- me informó que el señor Fiscal, necesita conversar unas palabritas con usted, por lo que nos acompañará. Me subieron a un vehículo militar en el que me se me trasladó al regimiento de Telecomunicaciones en Iquique, donde me dejaron junto a otros detenidos que estaban en un patio de tierra con un sector techado y donde se dormía en el suelo con lo que se tenía puesto. Aparentemente eran unas caballerizas. Ese día decidí iniciar una huelga de hambre seca para acelerar mi salida y nadie me interrogó. Supuse que era por lo tarde en que llegué. Al día siguiente, en la tarde fui llamado a interrogatorio en que se me preguntaba las cosas que eran absolutamente sabidas, como mi nombre, edad, domicilio, estado civil, estudios, lugar de trabajo y militancia política. A esta última

pregunta contesté ninguna, lo que era cierto, pero me definí como una persona de ideas de izquierda. Me preguntaron qué pensaba del nuevo gobierno y les contesté que tenían todas las condiciones para hacerlo muy bien si así lo querían. Tras lo cual me informó la persona que me interrogaba que no había nada en mi contra. Así es que seguramente al día siguiente el señor fiscal lo dejará libre.

Esa noche dormí tranquilo y esperanzado y nos despertaron alrededor de las 06:00 y luego de lavarnos nos hicieron formar y nos leyeron una, comillas, Resolución de la Jefatura de zona en estado de sitio en la que se disponía que: comillas, Las siguientes personas serán trasladadas a la vecina localidad de Pisagua y puestas a disposición de la justicia militar en tiempos de guerra. Entre los 12 mencionados en dicha resolución estaba incluido yo. Nos subieron a un camión abierto y otros atrás, todos sentados en el suelo y dos soldados conscriptos al fondo con sus metralletas, nos apuntaban permanentemente. Durante el viaje nos invitaron a bajar para estirar las piernas en tres o cuatro ocasiones. Pero, como ya habíamos escuchado de la aplicación de la Ley de fuga, ninguno hizo un intento por descender. Llegamos a Pisagua como a las 18:00 hrs. de la tarde y después de una revisión de nuestras pertenencias y retiro de lo que consideraban peligroso, nos ingresaron a la cárcel de Pisagua, denominada Campo Militar de prisioneros de Pisagua por esos días. En realidad era Campo Militar de Prisioneros de guerra de Pisagua.

Esto era el 28 de septiembre. Se trataba de un antiguo edificio de cemento de tres pisos con diez celdas en el primer piso. Las así llamadas por nosotros catacumbas de dos por cuatro metros cada una, con una pequeña ventanilla con barrotes en la parte alta de la puerta de acceso y otra similar al fondo. Ambas ventanas medirían unos 30 o 40 centímetros de altura por dos metros de ancho. En estas celdas nos encerraban en grupos de 15 hasta 18 personas y durante los días previos a preparativos, o sea, interrogatorios para Consejos de Guerra, se ubicaba a los incomunicados en ellas. El segundo y tercer piso eran iguales entre sí, con cuatro grandes celdas en cada piso de cuatro por ocho metros, con gran ventana, con gran ventanal cubierto por barrotes sin vidrios que daban al

interior de la cárcel. En estas celdas nos ubicaban, en número de 40 por celda. En el segundo y tercer piso existían dos baños en cada piso, constituidos por un hoyo y dos huellas levantadas a su alrededor para pararse sobre ellas, agacharse y hacer sus necesidades sin ninguna puerta que permitiese alguna privacidad. Y en el primer piso existía un sector de duchas y otro con unos lavaderos. Unas escaleras de madera comunicaban los pisos con el sector de pasillos en el que estaban los baños y entre el segundo y tercer piso existía un descanso desde el cual, ocasionalmente el comandante o sus subalternos se dirigían a nosotros, que permanecíamos bajo llave en el primer piso.

Existía en el acceso un portón metálico que también permanecía con cadenas y candados, tras el que se ubicaban los gendarmes. Por fuera de este portón, hasta la parte de acceso del edificio existía un pequeño jardín y las oficinas de administración de la cárcel que mantenían los militares, además de un espacio ocupado por la enfermería constituida por un galpón de unos cuatro por cuatro y un baño a ambos lados del edificio de la cárcel propiamente tal y por fuera del portón de acceso al interior existía una especie de corredores y luego un alto muro que comunicaba con el exterior. Disponíamos de dos momentos en el día para alimentarnos, lavarnos, lavar nuestras pertenencias, lavar los implementos que habíamos utilizado para alimentarnos y realizar nuestras necesidades fisiológicas. Estos eran cumplidos por turnos en que se abría cada celda por 15 minutos entre las siete y las nueve para servirnos un tazón de té o café según lo que trajeran y un pan de guerra que era un pan semidulce pero sin nada en su interior. Entre las 17 y 19 horas se repetía el mismo proceso para darnos un plato de porotos y un té o café. Debo recordar que al menos los porotos de los primeros tres meses venían con gorgojos, entre otros cuerpos extraños, pero con el hambre que teníamos los comíamos igual, pensando que todo estaba bien cocido.

Después nos enteraríamos que eran porotos dados de baja de los regimientos de Iquique. En cada celda no existían ni catres ni colchones. Si se dormía en el piso, que era de madera, como debíamos permanecer encerrados todo el resto del tiempo y no había espacios, especialmente en las catacumbas, debíamos permanecer

echados y dormíamos uno por un lado y el otro al revés, de modo que uno dormía entre los pies de los dos que tenía enfrente y ponía sus pies a su vez entre las cabezas de esos dos. Al cabo de un tiempo todos teníamos marcas oscuras en las zonas de apoyo por la prolongada permanencia sobre ellas, al igual que la pérdida de peso era notoria. Llegué a pesar 40 kilos, habiendo ingresado con 60.

En todas las celdas se habían dispuesto algunos tarros para evacuar la vejiga en los períodos entre aperturas de las celdas. Cuando de noche a alguien se le ocurría defecar, debía solicitarle al guardia que tuviese la gentileza de abrirle lo que rara vez era aceptado, pero igual se intentaba, porque no hay peor gestión que la que no se hace.

CMS: ¿Pero, hasta cuándo estuviste tú en Pisagua?

JS: Un año exacto. Hasta el 25 de septiembre del 74.

CMS: ¿Y después de eso, fuiste liberado?

JS: No, fui condenado por un proceso de guerra a una relegación hasta el 28 de febrero del 75. Porque el general Carlos Forestier Jensen, que era el general de la 6.^a División de Ejército con asiento en Iquique quería matarme. Para sacarme de las garras de este caballero o poco caballero, el Consejo de Guerra me sacó de Iquique hasta el 28 de febrero porque tenían certeza de que el 28 de febrero del 75 ya no estaba Forestier en Iquique.

Tenía que firmar en la comisaría de Carabineros cada semana o cada 15 días ya no me acuerdo bien y nada más. Pero esta la única condicionante. Y en Angol fui recibido por el director del hospital de Angol, Francisco Bayo Veloso. Un hombre de derecha, por supuesto, pero muy correcto, que cuando me presenté por primera vez en Carabineros, me pidieron que el director del hospital quería conversar conmigo y partí al hospital. Y me recibieron con las manos abiertas. Muy bien. Me invitó a trabajar en el hospital, en cirugía, que era lo que yo hacía ya en aquel tiempo y no me podía contratar porque mi pena no lo permitía. Mi pena venía con restricciones legales, pero me ofreció ser su ayudante en todas sus cirugías. Él era ginecobstetra. Así que como ayudante en

su cirugía yo percibía algunos ingresos. Y eso estuve haciendo durante mi estadía. Me trataron muy bien en Angol. Muy bien. Un cambio violentísimo respecto de dónde venía. Cuando salí el 25 de septiembre de 1974 de Pisagua, tenía 48 horas para abandonar Iquique, así que tuve que partir rápidamente y presentarme en Angol.

CMS: Y luego que cumpliste tu pena, ¿ya pudiste reintegrarte al MGZ?. ¿Qué hiciste después?

JS: Bueno, el 28 de febrero terminaba mi condena de relegación y partí rumbo a Iquique de vuelta a tomar, a retomar mi cargo de Médico General de Zona. Y entonces me presenté a la Dirección del Hospital y la secretaria me dijo que ese día no me podía atender el director porque estaba ocupado el doctor Juan Lombardi. Que volviera en la tarde. Volví en la tarde. La misma cosa, no está. La agenda completa, no lo puede recibir. Vuelva mañana. Y así sucesivamente. Y al tercer día se me acercó una funcionaria de la oficina de personal. Me llevó hacia un rincón y me dijo:-Oiga, doctor, no insista, porque no le van a dar audiencia, porque su cargo se devolvió al Ministerio. Como eran cargos ministeriales, el médico general de Zona se devolvió al Ministerio diciendo que usted estaba muerto. Por lo tanto ya no existe su cargo, así que el doctor no lo va a querer recibir.

En vista de lo cual pensé, tenía, cuando salí de Pisagua invitaciones que me encontré en mi casa para trabajar afuera, en Estados Unidos, en Israel, en Venezuela, en Cuba, que me invitaban a trabajar como médico en todas esas partes. No me acuerdo si en Colombia o en Uruguay también tenía invitación. En este momento no me acuerdo. Y el hecho cierto es que bueno, decidí que tendría que salir, que irme del país. Entonces pensé en dejar a mi mujer que ya había tenido la guagua. Porque la guagua la tuvo en diciembre la primera guagua. Yo estaba en Pisagua, por supuesto, en diciembre del 73. La conocí en septiembre del 74, nueve meses después. Entonces partimos a Concepción para dejarla con sus padres, mientras yo salía fuera a buscar el camino y llevármela cuando ya estuviera el camino más o menos hecho. Para no hacerles pasar pellejerías afuera. Y ahí me encontré en Concepción con el doctor Carlos Martínez

Gainsley, que era el jefe del Servicio Médico de aquí de Concepción. En ese tiempo se llamaba Jefe de zona. La zona de salud de Concepción. Y había sido profesor mío. Me conocía en el Hospital Higuera precisamente porque había sido médico internista del Hospital Higuera. ¿Y Ud. dónde está? Me dijo, te quiero traer a mi zona. No estoy don Carlos, le dije me pasó esto, lo otro, lo de más acá, lo de más allá. Entonces me dijo mira, vamos, súbete. Y me llevó en su auto a la dirección del servicio. A la dirección de la zona de salud que estaba ahí en Longol con Angol. Entramos a su oficina, llamó por teléfono a alguien y le pidió que le trajeran la lista de exonerados con la letra S y le trajeron una carpeta con la lista de exonerados con la letra S en la que yo no aparecía. Entonces, después de revisarla y verificar que yo no aparecía, me dijo: Bueno, no apareces, así que no estás exonerado. Te puedo contratar en mi zona. ¿Eh? Elige. Curanilahue. Nacimiento o San Carlos. Yo rápidamente pensé curanilahue me voy a ir a meter a la boca del lobo. Nacimiento lo conozco, un hospital de madera muy podrido, en muy mal estado, en muy malas condiciones. Lo conocí cuando era interno de medicina, en las visitas de internado rural. Lo había conocido. Y San Carlos. No tengo idea. No lo conozco. Así que entre los tres, San Carlos dije yo para mí adentro. Y en ese momento don Carlos me interrumpe diciéndome ¿Quieres que te recomiende? Bueno, don Carlos. Ándate pa' San Carlos. Acepto su recomendación, su consejo, le dije.

Naturalmente fue una cortesía de mi parte en aquel entonces que parecía muy buena, pero era coincidente con mi pensamiento, con mi línea de pensamiento. Y te vas a San Carlos, me dijo con un cargo de médico especialista. Médico con especialidad básica de cirugía, no como médico general de zona, como médico con especialidad básica de cirugía y vas a llegar a unas casas que están terminando de construirse para médicos, así que vas a tener hasta casa con un arriendo que se paga con un porcentaje de tu sueldo base. Creo que era el 10% del sueldo base.

Y me fui y empecé a trabajar allí en San Carlos, el 1 de mayo, si no me equivoco, 1 de abril a 1 de mayo del 75, de haber sido por ahí por el 1 de mayo y después conseguimos el traslado del cargo de mi señora que tenía un cargo de

médico de dentista general de zona en Iquique y se trasladó como dentista general de zona a San Carlos por el hecho de que su marido estaba, ya en aquel entonces habían esas leyes. Hoy día creo que ya no están presentes. Y de ahí hice cuatro años de médico especialidad básica en cirugía en San Carlos. Y el 79 postulé a una beca de cirugía. Me gané una beca de cirugía. Hice la la especialidad. Y después me tocó un concurso nacional que hubo a fines del 80 o principios del 81. Y me gané un cargo en el Hospital Higuera, en Talcahuano. En ese concurso tuve uno de los primeros lugares. Así que tuve la opción de elegir, de escoger en cualquier parte de Chile. Pero mi mujer no quería irse a Santiago. Yo estaba trabajando ya en Santiago porque los profesores que tuve en Santiago, me habían pedido que formara el servicio de urgencia de Indisa. Que no existía. El año 81 partió el servicio de urgencias. Sí, bien digo el año 81 porque la beca la hice en Talcahuano, la básica y la otra parte de especialidades, la hice en Santiago, en distintos hospitales. En la Caupolicán Pardo Correa, que hoy día es el Instituto Nacional del Cáncer, en el Hospital del Tórax y en el Hospital Trudeau. Esas especialidades las hice en Santiago. Y ahí me conocieron. Entonces el truco era que querían que me quedara en Coloproctología, que me quedara en cirugía coloproctología, me rogaron, me lloraron para que me quedara en el hospital del Tórax. Querían que me quedara allí. Y ellos, la gente del Hospital del Tórax que tenían, que eran socios de Indisa, fueron los que me pidieron que les creara el servicio de urgencias en Indisa y así que tenía como para quedarme perfectamente aquí en Santiago. Y de hecho, cuando hubo el concurso ya me había ganado, ya tenía el cargo, y estaba trabajando en Indisa como jefe de urgencias. Hacía un turno en Indisa.

Así es que y como en el servicio de urgencia tiene que haber partido en marzo y mi beca había terminado no sé si el 28 de febrero o el 31 de marzo una cosa así. Así que estuve trabajando un tiempo aquí en Santiago y después no. Me había comprometido que si me ganaba el concurso fuera de Santiago, yo me comprometía con Indisa, digamos, en el sentido de cumplir con ellos hasta que ellos encontraran a alguien que me reemplazara en la jefatura. Así que estuve trabajando cuando me vine a trabajar en

Talcahuano, al Hospital La Higuera, iba los días viernes en la tarde a Santiago, hacía el turno del sábado hasta el domingo y el domingo salía, entregaba el turno y me venía de vuelta. Y así estuve hasta por julio, hasta que ellos encontraron quién me reemplazará en el cargo de turno, digamos. Y quedó alguien como jefe que no sé quién fue. Esa es la historia. Y después ya seguí, me quedé aquí en Talcahuano y no, no me he movido, no me moví hasta que jubilé.

CMS: ¿Cuánto tiempo llevabas de General de Zona en Iquique? Claro.

JS: Bueno, en Iquique como general de zona, debo haber partido por allá por mayo del 72 hasta septiembre del 73.

CMS: ¿Egresaste de esta universidad, de la Universidad de Concepción?

JS: Sí, pero con título otorgado por la Universidad de Chile.

CMS: Con examen y todo, claro. ¿Y cómo llegaste a ser, como declaraste ahí, alguien con ideas de izquierda.

JS: Tuve una experiencia bien especial. Cuando terminé Humanidades, tenía un compañero de curso del liceo al que prácticamente le tenía que hacer sus pruebas todo el tiempo. Le tenía que soplar o hacer sus pruebas en el liceo. Malas costumbres que uno adquiere. Y llegó el bachillerato. Dábamos bachillerato y naturalmente se sentó al lado mío y me dijo :Oye, tienes que hacerme mi bachillerato. Y le hice su bachillerato primero y después seguí con el mío. El salió bien y yo salí mal en el bachillerato porque a mí me pilló el tiempo, no alcanzaba a terminarlo. Bueno, él entró a la universidad a estudiar y entró a estudiar ingeniería comercial a primer año. Hasta ahí llegó. Así que fracasó y no estudió más. Después fue comerciante en Iquique.

Entonces ese año me fui a Antofagasta. Y estudié en la Universidad de Chile en Antofagasta pedagogía en Biología, Química, Física y Matemática, Defcom se llama eso. Que me recibía en marzo. Con el compromiso de que en julio tuviera que dar bachillerato de nuevo porque se daba dos veces al año el bachillerato y si yo aprobaba el bachillerato podía continuar hasta terminar el año. Si no aprobaba el bachillerato en julio, no podía continuar en la universidad.

Ese era el compromiso que había. Y bueno, entré a estudiar Pedagogía en Antofagasta y di mi bachillerato. En julio salí bien y terminé el año y aprobé todos mis ramos. Pero ese año, cuando tenía que irme a Antofagasta, unas amistades de mis padres que habitualmente eran amistades, desde cabros de mis padres de Iquique y que estaban en Antofagasta y que todos los años en verano, en vacaciones ellos partían a Iquique y alojaban en la casa de mis padres, que era una casa grandota y ahí pasaban con los niños, qué sé yo, e íbamos a la playa. Nosotros les decíamos tíos, tíos prestados, digamos. Y naturalmente, cuando supieron que yo me iba a Antofagasta, le dijeron a mis padres, el hijo se va con nosotros. Y efectivamente me fui con ellos . Tenían una historia bien especial, porque ella era secretaria del director del Hospital de Antofagasta. Y él había sido empleado de la Shell o la Copec, de alguna de las empresas petroleras. Y trabajaba en una oficina con varias personas y el jefe de la oficina llegaba todos los días, después que ya estaban todos adentro, abría el cajón de su escritorio, sacaba una pistola y manos arriba, les decía y disparaba y gatillaba, su pistola a todos. Naturalmente, la pistola no tenía ninguna bala. Esa era la broma que hacía con cierta frecuencia. Y bueno, aburridos de todo esto, en cierta ocasión el tío este, cuando vio que venía, partió a su escritorio, sacó la pistola y cuando llegó, entró el jefe. Manos arriba. Pum! Dispara y sale una bala y lo mata. La había dejado cargada. Las pistolas, las armas, las carga el diablo. Estuvo preso. Perdió su trabajo, por supuesto. Y después de todas las explicaciones y todo quedó libre. Pero, su situación fue complicada, en el sentido de que a una persona que tiene esos antecedentes no lo contrata nadie. Entonces él armó en su casa una panadería y armó un taller de carpintería y trabajaba en esas dos cosas en la casa.

Yo naturalmente le ayudaba en mis tiempos libres, en la carpintería y los fines de semana hacíamos empanadas. Así que el día sábado en la tarde estábamos preparando el pino. Después que lo dejábamos listo, salíamos a carretear. En aquel entonces no decíamos carretear, pero es la palabra de hoy día. Salíamos a carretear con un hijo grande que tenían, que estaba en la universidad también y carreteábamos hasta las 03:00. 04:00, regresábamos a la casa, nos

pegábamos una duchita, nos poníamos la ropa y a la panadería a trabajar en la confección de las empanadas. A esa hora empezaba ya el tío a preparar la masa y después todo el resto. Y después terminábamos, el día domingo a las 14:00 de la tarde, 14:30 de la tarde, ¿no?, después de haber entregado unas cuantas cantidades de empanadas, almorzando nosotros empanadas. La primera empanada de la mañana a las 07:00 que sacábamos también era de nosotros. Cada uno comía su empanadita y bueno. Pero llegó cierto día en que, eh, yo llegué a la casa a mediodía desde la universidad y me encuentro a los dos tíos y a sus dos hijos, uno en la universidad y el otro en el colegio, el menor, sentados en el living de la casa.

Llego y digo, ¿como están? ¿me están esperando? ¿Habría pasado algo? Me asusté. Mire, Pepito, me dicen, hoy no tenemos almuerzo. Hoy no hay almuerzo en la casa, no hay recursos para hacer almuerzo. Así que vamos a tomar un tecito. Pero como tú tienes una tía aquí en Antofagasta, te aconsejamos que vayas donde tu tía a almorzar con ella. Y ahí yo entendí que a pesar de los esfuerzos de la gente. Costaba salir adelante. Y bueno, naturalmente que no me fui a almorzar a ninguna parte. Yo tenía dinero en el bolsillo. Podría haber salido a comprar cosas para traer, para el almuerzo, para preparar el almuerzo. Pero decidí que me tomaba una taza de té junto con ellos, que era el almuerzo que íbamos a tener ese día. Una taza de té pelada. Así que me lo agradecieron. Y ahí empezó a picarme el bichito de la solidaridad, de los sentimientos que uno tiene de sentirse que algo diferente está ocurriendo. Porque yo venía de un hogar, mi padre era médico, tenía una buena situación económica, en mi casa nunca faltó nada en Iquique.

CMS: ¿Ahí con ese bachillerato, entraste acá?

JS: Claro, terminé ese año aprobando todos los ramos. Fui el único del curso que aprobó todos los ramos y desgraciadamente me dio una vergüenza ajena de tener que irme y no seguir la carrera, digamos. Y eh, y me vine, aprobé, digamos, quedé aquí en el propedéutico, el primer propedéutico que hubo en Concepción.

Eso debe de haber sido el año 65 y Concepción en aquel entonces era una Universidad de gran movimiento político. ¡Fueron los años en que se

generó, se creó el MIR, eh! Habían otros movimientos, en fin y en la universidad había mucha actividad, mucho movimiento político. Y en relación a Iquique, Antofagasta, un cambio brusco, muy brusco desde mi punto de vista intelectual. Había que entender las cosas, tomar posiciones. Y tú no podías meter la cuchara en ninguna parte. Si querías hablar algo, tenías que tener conciencia clara de lo que estabas diciendo y no decir cualquier lesera. Entonces, había que estudiar, había que aprender. Había que ponerse las pilas y meterse en los temas. Venían los movimientos estudiantiles, de paros, había que entender qué causas eran, ¿no? Y ahí yo me sentí cercano a una cosa que se llamaba el Movimiento Universitario de Izquierda. Qué era una especie de posición política, pero sin militancia. Era una postura libre, digamos. Yo no milité nunca en ningún partido político en aquel entonces, nunca después de la dictadura, cuando volvió la democracia por primera vez, entré a militar al Partido Socialista. Estuve militando durante algunos años. Hoy día ya no soy militante, pero lo hice. ¿Por qué? Porque lo pasé tan mal sin ser militante. Suponiendo que yo era mirista, que era lo que suponían en Iquique los dictadores. Bueno, era el momento de entrar a militar, de participar, así que ahí entré a militar. Esta es la razón. Pero antes no lo había hecho. Mientras estuve en Concepción nunca fui militante de partido, pertenecía a una especie de movimiento universitario de izquierda que cuando uno votaba por el MUI que era el Movimiento Universitario de Izquierda, pero no tenía carnet de militante, ni en ninguna cosa. Asistía a reuniones en las que se formaban cuadros políticos, en las que se enseñaba. Cosa que hoy día se echa mucho de menos, pues. La formación de cuadros en política, y creo que esa es la razón por la cual la política está en crisis. A mi modo de ver.

CMS: ¿Tuviste de profesor a Hernán San Martín? ¿Puedes contarnos algo de él?

JS: Fue profesor de Medicina Preventiva en la Escuela de Medicina. Era un hombre con amplios conocimientos de muchas cosas, no solamente de medicina preventiva, de salud pública, sino que también muchos conocimientos sobre historia, sobre política en general de los distintos países y, naturalmente, del nuestro.

Fue muy buen profesor. Creo que era el jefe del Departamento de Medicina Preventiva en aquel entonces.

CMS: En la Universidad en la cual estudiaste ¿quedaba alguna huella de Lipschutz?

JS: Claro. El profesor Lipschutz me hizo clase, me tocó algunas conferencias con él, algunas clases magistrales, en realidad, porque era el maestro, el profesor Alejandro Alexander Lipschutz. Sí. Lo conocí. Debo haber tenido unas tres clases con él durante mi carrera. ¿En qué año? No sé. No lo recuerdo. Pero debo haber tenido unas dos o tres clases con él.

CMS: ¿Qué otras figuras recuerdas de esos tiempos?

JS: Bueno, hubo muchas figuras. Muchos profesores de alto valor. Entre ellos la doctora Ulloa en Anatomía. La doctora Sepúlveda en Anatomía. Después. En Fisiopatología. El doctor Vivaldi. Gran Maestro. Profesor Vivaldi, padre del ex rector de la Universidad de Chile. Claro, él fue profesor de muchas generaciones, muy buen profesor. Unas clases realmente estupendas, muy buenas. Bueno, tengo un recuerdo especial por un profesor que yo tuve, que no era profesor de la universidad, pero que fue mi amigo y a quien le ayudé y le aprendí muchas cosas en cirugía, que fue José Salazar. El Pepe Salazar era un cirujano plástico. Que había aquí en el Hospital Regional de Concepción. Se fue a Venezuela. Tenía a su madre acá. ¿Viajó, eh? Bueno, estuvo detenido, naturalmente el 11. Y después se fue al exilio. Estuvo en Venezuela. Venía ocasionalmente a ver a su madre. En verano, en vacaciones. Y después le perdí el hilo. Le escribí cuando las cosas en Venezuela se empezaron a echar a perder, le escribí por correo electrónico, pero no me contestó. No sé si estará vivo o no. Porque si estuviera vivo estaría cercano a los 100 años ya. Era un hombre muy valioso. Fue un hombre que marcó bastante mi vida de esa época de estudiante.

CMS: Marcaste un poco la otra idea que era la de la perspectiva, ¿no? Cuando hablaste de la distancia que había con la política hoy día. Pero recapitulando ¿cómo ves hoy lo que le ha pasado a este país? Estamos a 50 años.

JS: Lo veo con vergüenza porque realmente

me da vergüenza el resultado del último proceso electoral que tuvimos, en que los republicanos llegan a tener prácticamente el dominio de la política en este país por lo menos en lo electoral. A mí me parece vergonzoso porque los republicanos representan precisamente las ideas de la dictadura, las ideas de ultraderecha. Entonces, me da mucha vergüenza que tengamos en este momento este país sin memoria. Este país que ha olvidado todo lo que pasó, todo lo que ocurrió y les esté dando su apoyo a un grupo de gente que realmente creo que no tienen ningún merecimiento. Pero bueno, el mundo está así. Yo felizmente ya estoy retirado y retirado de todo, así es que aparte de ir a votar, no hago nada más, no hago nada más ya. Y de escribir y de dedicarme a otro tipo de actividades intelectuales. Pero no, ya no, no participaré políticamente en nada. Bueno, yo estuve sumergido, digamos, en un silencio, no en el ostracismo. Prácticamente desde que salí de Pisagua hasta que llegó la democracia, estuve en el ostracismo porque el jefe de Pisagua, el comandante Ramón Larraín Larraín, me leyó la cartilla al salir. Me dijo: "Mire doctor, cierre su boca. Porque si llegamos a escucharlo de nuevo, no vamos, probablemente, a volver a escucharlo nunca más. Así que, cuidese mucho". Yo entendí el mensaje. Yo estuve condenado a muerte en Pisagua hasta el 2 de enero del 74, el mismo comandante me dijo: "Doctorcito -delante de todos- ha salvado su pellejo, pero prepárese para largos años de cárcel".

En esa ocasión, en enero del 74, terminaba porque estaba condenado a muerte, pero sin proceso y esperando el cúmplase, como hubo también varios que les pasó lo mismo. Entonces, entendí el mensaje. No, no hablé y no participé en nada. Hasta el año 90 no digo nada, así entre comillas, porque en realidad sí participé en cosas, pero un poco disfrazadas, como por ejemplo generamos un grupo de teatro en el Colegio Médico, el grupo Orates. ¿Que hacíamos obras que fundamentalmente eran comedias, pero algunas de ellas con algún mensajito escondido, ¿no? Como por ejemplo una obra que se llamaba La imagen. Me recuerdo muy bien. La imagen era la imagen de Pinochet, que era él. El presidente de un país imaginario que naturalmente no tenía ninguna formación, preparación ni nada y los demás hacían las cosas

por él. Y todo era en función de la imagen que era el presidente, que era Pinochet. Casi todos los servicios de inteligencia en algún momento nos la quisieron quitar de presentarla, pero finalmente nos permitieron. Y así como esa varias, varias obras de teatro hicimos, eh, De Molière, El médico a palos e hicimos el Tartufo de Moliere también y hicimos varias obras de teatro que le dábamos un poco rienda suelta a la imaginación. Y bueno, con eso nos permitía también mantener un poco la vitalidad. Éramos casi todos los que estábamos en el grupo de teatro.

Gente de izquierda. La mayoría, la gran mayoría. Y después del 90, cuando llegó la democracia, ahí mis colegas me dijeron, bueno se te acabó el tiempo de estar sumergido, así que es el momento de salir del subterráneo. Y ahí me pusieron y me eligieron por votación de presidente del capítulo médico del Hospital Higuera. Ahí estuve de presidente del capítulo médico. Durante dos años creo que fueron y después me postularon al Consejo Regional del Colegio Médico de Concepción, que también por elección fui electo. Y ahí estuve como seis, ocho años en el Consejo Regional. Con cargos. Estuve de consejero. Estuve de secretario. Cuatro cargos. Ya no me acuerdo mucho y

trabajé bastante, hasta que llegó un momento en que hubo una situación conflictiva y decidí que, no iba a continuar y no me presenté más.

Pero he mantenido siempre contactos con el Colegio. Formamos un coro, es el único Consejo Regional que tiene un coro. Y yo soy en el fondo el interlocutor válido entre el Colegio y el coro. ¿No? Y hasta el día de hoy todavía se mantiene esa actividad viva. Así es que eso me permite también mantener relaciones con el Colegio y cada vez que el Colegio me necesita y me piden algo, estoy siempre disponible. De hecho, cada vez que hay procesos electorales me llaman para que les dirija el Tribunal Electoral, me toca presidirlo.

Fui presidente del Tribunal de Ética. Cuando se crearon los tribunales de Ética, me pidieron que me hiciera cargo del primer Tribunal de Ética. Así que tuve que organizar la instalación del Primer Tribunal de Ética aquí. Y estuve en ese cargo durante tres o cuatro años. A pesar de que teóricamente debía ser no más de dos años, pero me mantuvieron por tres o cuatro años en contra del reglamento. Hasta que ya les exigí que no podía seguir ahí. Reglamentariamente no era. Justo que estuvieran cometiendo una irregularidad. Así es que ahí dejé el Tribunal de Ética.